

Educación para la Ciudadanía

DEMOCRACIA, CAPITALISMO Y ESTADO DE DERECHO

A nuestros *alumnos y alumnas*,
que *siempre* nos han hecho *felices*

Carlos Fernandez Liria
Pedro Fernandez Liria
Luis Alegre Zahonero

❖ Prefacio a la Segunda Edición ❖

(Nota de los autores sobre el papel de los medios de comunicación en la polémica en torno a la asignatura de Educación para la Ciudadanía y este libro en particular.)

SOBRE LA PRIMERA edición de este libro, se ha mentido tanto en los medios de comunicación españoles que conviene hacer algunas aclaraciones que dejen las cosas en su sitio.

El 20 de septiembre de 2007, por ejemplo, el Telenoticias 3 de Telemadrid anunció literalmente que nuestro libro era «uno de los que ya habían comenzado a utilizarse como libro de texto en la asignatura “Educación para la Ciudadanía” que acababa de implantarse en algunas comunidades autónomas». Con cara compungida, un supuesto padre de familia, sentado en el sofá de su casa, iba leyendo en voz alta algunos pasajes escogidos de nuestro libro. En especial, parecía escandalizarle el hecho de que recordáramos que los votantes del PP habían votado (y siguen votando) a un partido que apoyó la invasión estadounidense de Iraq, y que eso, de alguna manera, comporta algún tipo de responsabilidad. Por lo visto, en opinión de los directores de Telemadrid, es inconcebible que en una asignatura de Educación para la Ciudadanía se pretenda nada menos que decir la verdad a los alumnos. Quizá piensen que sería más oportuno explicar a los jóvenes y a los lectores en general que los ciudadanos no tienen ninguna responsabilidad a la hora de votar a un partido u otro. Pues la cruda realidad es que el PP apoyó la invasión de Iraq y que Jose María Aznar insistió una y otra vez en que tenía informes fidedignos de que Saddam Hussein contaba con armas de destrucción masiva, pese a que todos los informes de los inspectores de la ONU decían lo contrario. Luego resultó que en Iraq no había armas de destrucción masiva. No sólo no las había, sino que siempre se supo que no las había. Sobre este tema se había mentido a la opinión pública mundial. Pese a todo, a los votantes del PP no les pareció motivo suficiente para cambiar su elección.

Se trata, sin duda, de un enigma de la vida ciudadana que ojalá algún día pueda ser desentrañado en los libros de texto de Educación para la Ciudadanía: ¿Cómo es posible que la intención de voto de la población no se haya modificado en absoluto al descubrir que una guerra que ha destruido un país y que ha causado centenares de miles de víctimas civiles se inició con un embuste de sus líderes políticos? Sin embargo, todo el mundo parece de acuerdo (en el PP y también en el PSOE) en que en la asignatura «Educación para la Ciudadanía» no deben tratarse este tipo de cuestiones tan delicadas. En realidad, tal como han demostrado los libros de texto que han visto la luz durante el año 2007, esta asignatura no debe consistir, al parecer, más que en un canto políticamente correcto a valores abstractos y melifluas intenciones, una especie de Barrio Sésamo ñoño, tedioso y conformista para explicar a los niños lo contentos que tienen que estar por vivir en una monarquía constitucional. No es extraño, por tanto, que nuestro libro fuese acogido con tan rabiosa indignación.

Pero, antes de pasar a discutir estas cuestiones, conviene deshacer las mentiras más sonadas. El Telenoticias de Telemadrid mintió, y no era la primera vez que mentía al respecto. Mintió, en primer lugar, porque nuestro libro no es

un libro de texto. Y, por supuesto, era absolutamente falaz que ya estuviese utilizándose como tal en los centros de enseñanza. Cualquiera puede ver que el libro que tiene entre sus manos no es un libro de texto: no responde al programa de ningún curso en particular; no tiene el formato de los libros de texto; no tiene actividades para el alumno, ni flechitas ni esquemitas ni recuadritos; no ha sido homologado por el Ministerio de Educación; no sigue el currículo de la asignatura, etc. Es más, no hay ningún profesor tan suicida como para buscarse la ruina utilizándolo como manual obligatorio, pues es fácil colegir que la comunidad educativa, la dirección del centro, los padres, los consejos escolares, la inspección, la prensa y demás fuerzas vivas, le complicarían mucho la vida.

Que no se trata de un libro de texto es algo que sabían perfectamente en Telemadrid. Lo mismo que lo han sabido perfectamente, desde el principio, en la Cadena Cope, en el diario El Mundo, en La Razón, en el ABC, en Libertad Digital, en el Canal 7, y en todos los medios que, sin embargo, no han parado de insistir en que sí lo era. Sencillamente, han mentido sabiendo muy bien que estaban mintiendo. Han querido transmitir la idea de que nuestro libro no sólo es un libro de texto, sino que es, además, el libro de texto por antonomasia, el que verdaderamente desvela las auténticas y ocultas intenciones del gobierno del PSOE, hasta el punto de que en algunos de esos medios comenzó a conocerse como el «manual de Zapatero».

No sólo no es verdad que sea un manual. Se trata más bien de un antimanual especialmente escrito en contra de la asignatura misma. Por supuesto, este detalle ha pasado desapercibido, porque la prensa de derechas estaba muy interesada en monopolizar la oposición a la asignatura y la prensa gubernamental, muy interesada en ocultar el hecho de que, desde el principio, hubo una oposición de izquierdas a la Educación para la Ciudadanía. Incluso se produjo una manifestación en contra de esta asignatura, convocada a nivel estatal, que acabó con unas clases de Filosofía al aire libre impartidas en la Plaza de España de Madrid, el 3 de junio de 2005. Los tres autores del libro participamos activamente en esas movilizaciones contra la asignatura, convocadas desde la izquierda. Esta respuesta tenía muy buenas razones y argumentos, pero, por supuesto, no salió en los periódicos ni en los telediarios, porque la izquierda de este país ni tiene periódicos ni tiene telediarios a su disposición. Y como suele ocurrir, a fuerza de silencio y censura se acabó por creer que la izquierda no existía. De este modo, se logró crear la ilusión de que sólo la derecha atacaba la asignatura y que, en cambio, la izquierda (liderada, al parecer, por el PSOE) la defendía.

Por supuesto, el ruido que han metido los obispos en relación con esta asignatura ha sido tan aparatoso que el espejismo estaba servido en bandeja. En este país tenemos la desgracia de padecer una derecha pre-civilizada, pre-moderna, pre-ilustrada, aliada de los sectores más reaccionarios de la Iglesia católica, una Iglesia a cuyos dirigentes sólo hemos visto movilizarse en contra de los derechos de los homosexuales, de las mujeres y, en general, en contra de todo lo que les suene a Derecho. Nos referimos, claro está, a la misma jerarquía eclesástica que combatió en Lati-

noamérica a la Teología de la Liberación, y que en España está empeñada en «limpiar la casa del Señor», cerrando parroquias comprometidas con la causa de los pobres, como la de Enrique de Castro en el barrio madrileño de Vallecas. Así pues, tampoco resulta sorprendente la furiosa reacción de la Conferencia Episcopal contra cualquier propuesta que incorpore, aunque sólo sea en el título, la palabra «ciudadanía».

En esta ocasión se han comportado como auténticos Príncipes de las Tinieblas, como si la mera palabra «ciudadanía» les produjera el mismo efecto que la luz del sol al conde Drácula. La jerarquía de la Iglesia pierde los papeles cada vez que siente amenazada una micra de su poder político. Así pues, es normal que hayan reaccionado con virulencia contra una asignatura que pretende transmitir unos valores distintos a los que ellos inculcan en la asignatura de Religión. La hipocresía de los obispos y de organizaciones como la Confederación Católica de Padres (Concapa) al acusar al Estado de adoctrinamiento ha sido repugnante, cuando no surrealista, teniendo en cuenta lo contenta que estuvo la Iglesia de monopolizar el adoctrinamiento fascista, machista, homófobo y clasista durante cuarenta años de franquismo, y lo contenta que está ahora de valerse de fondos públicos para el lavado de cerebro de los niños en sus centros concertados y, en general, en la asignatura de Religión.

Y como la derecha y la ultraderecha sí tienen medios de comunicación de sobra para hacerse oír en el espacio público, resultó aun más creíble la idea de que la polémica sobre la Educación para la Ciudadanía se agotaba entre el PP, que la atacaba, y el PSOE, que la defendía.

En absoluto era cierto. La oposición de izquierdas a esta asignatura había existido desde el primer momento. Partió fundamentalmente del área de Filosofía y era una llamada de atención sobre la degradación de la enseñanza pública en general. Era previsible, en efecto, que la asignatura de Filosofía quedara muy dañada con la implantación de la Educación para la Ciudadanía. Y de hecho, así ha sido. En el borrador del decreto de Bachillerato que el PSOE ha preparado hasta la fecha, está previsto reducir de tres a dos horas a la semana la Filosofía de primero de Bachillerato (que pasaría a llamarse «Filosofía y Ciudadanía»). Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que fue ya el PSOE quien en su momento redujo esta asignatura de cuatro a tres horas semanales. En segundo lugar, conviene recordar que con esta nueva reducción incumple todos los pactos y falta a todas las promesas hechas a las facultades y asociaciones de Filosofía. Pero no contento con esto (¿alguien puede adivinar qué tiene el PSOE contra la Filosofía?), en el borrador del decreto se prevé reducir también a dos horas semanales la Historia de la Filosofía de segundo de Bachillerato. A ello hay que añadir el hecho de que la Ética de 4.º de la ESO pasa a llamarse «Ética cívica» y pierde una de sus dos horas a la semana. Todo el mundo sabe que eso es tanto como convertir esa asignatura en impracticable.

La defensa de la Filosofía frente a este estropicio educativo no es una cuestión de corporativismo. Lo que ocurre es que algunos profesores, como los autores de este libro, creemos de verdad que la asignatura de «Filosofía», en su actual perfil científico, es el mejor instrumento del que dispone nuestro sistema educativo para formar ciudadanos capaces de razonar y argumentar con criterio propio e independiente. Estamos convencidos de que no hay mejor forma de encaminarse a ese objetivo que la enseñanza de la Filosofía

y la Historia de la Filosofía, del mismo modo que creemos que con los programas de Educación para la Ciudadanía, lo que se pretende más bien es amaestrar a los niños en lo políticamente correcto y en las supercherías de la ideología dominante. Pero, sobre todo, somos muy conscientes de que este atentado contra el perfil científico de la asignatura de Filosofía no es más que un síntoma fatal del rumbo que está tomando la enseñanza pública en general.

Los perfiles científicos de las asignaturas en la enseñanza secundaria tienden cada vez más a disolverse porque el edificio mismo de la enseñanza pública se desmorona más y más, viniendo a ocupar su lugar una especie de «asistencia social» gestionada por educadores, pedagogos, psicólogos, e incluso por guardias de seguridad, como si se fuese muy consciente de que mientras las enseñanzas privada y concertada preparan para la universidad, el futuro en la enseñanza pública viene más bien marcado por la cárcel, el paro o el inframundo laboral del trabajo basura. En esta cuestión, las políticas del PSOE y del PP han resultado igualmente letales. Legislatura tras legislatura han ido haciendo y deshaciendo leyes y decretos, como si fueran buenas intenciones, y no muchísimo más dinero y recursos humanos, lo que la enseñanza pública necesita para poder frenar esta tendencia hacia el desastre. Eso, por supuesto, sin la menor iniciativa legal para acabar con la ignominia de la enseñanza concertada, con su legión de profesores nombrados a dedo y pagados con dinero público. Si a esta situación le añadimos los planes a nivel europeo y mundial que desde la Organización Mundial del Comercio (OMC) y el Acuerdo General de Comercio de Servicios (GATS, por sus siglas en inglés) planean sobre el mundo de la enseñanza estatal, encaminados de forma inequívoca a la instrumentalización privada de la enseñanza pública superior y la mercantilización de la universidad, el panorama es desolador –tan desolador como había previsto hace ya tiempo el libro de Michel Éliard, *La fin de l'école* (París, PUF, 2000)–. Es posible hacerse una excelente idea de lo que se ha estado jugando en eso que se ha llamado «Convergencia Europea en Educación Superior» leyendo el libro *Eurouniversidad. Mito y realidad del proceso de Bolonia* (Barcelona, Icaria, 2007).

Ahora bien, en estos últimos años cruciales, la voz de la izquierda ha sido casi por completo silenciada, tanto respecto de la enseñanza secundaria como de la superior. Hartos de estrellarnos contra este muro de silencio, en el momento en que vimos que la implantación de la Educación para la Ciudadanía era ya un hecho consumado, los autores de este libro decidimos hacer de la necesidad, virtud. Nos dijimos que si querían una Educación para la Ciudadanía, la iban a tener, pero que la iban a tener en serio. En lugar de utilizar la asignatura para encubrir la realidad capitalista, podíamos utilizarla para denunciarla. El racismo; la xenofobia; el trabajo ilegal de los sin papeles y el trabajo basura de los con papeles; la desestructuración social; la precariedad laboral; la marginación y todo lo que ella conlleva; la imposibilidad de acceder a una vivienda digna y las consiguientes dificultades para la vida familiar y la procreación. Todos estos asuntos tienen su causa en problemas sociales y económicos enraizados en las estructuras más básicas de esta sociedad en la que vivimos. Es ridículo, patético e hipócrita pretender que todo ello hay que afrontarlo con una «educación en valores». Pero, sobre todo, se trata de una estafa que pretende encubrir y legitimar las verdaderas causas de

estos problemas. Así pues, lo primero que debe quedar claro en una Educación para la Ciudadanía es el carácter capitalista de nuestra realidad social. Después habrá que decidir en qué consiste y qué posibilidades tiene la vida ciudadana en semejantes condiciones.

Fue así como publicamos Educación para la Ciudadanía. Democracia, Capitalismo y Estado de Derecho (Akal, 2007). La reacción de los medios de comunicación de derechas y de ultraderecha ha sido furibunda. La tentación de utilizarlos como arma arrojadiza contra el PSOE era demasiado grande para reducirnos al silencio, así que decidieron más bien poner el grito en el cielo. La campaña mediática que se ha desatado en contra de nuestro libro durante los meses de agosto y de septiembre de 2007 ha superado los límites de la falsedad, la mentira y la hipocresía. En primer lugar, como ya hemos señalado, presentaron el libro como un manual destinado a las aulas, cuando era absolutamente obvio que no lo era. Luego, y tal como denuncié en su momento Javier Ortiz, siguieron la táctica habitual de la Inquisición: «Primero se dice que el contrario ha dicho lo que no ha dicho y luego se le condena sin apelación posible por haber dicho lo que no ha dicho» (El Mundo, 9 de septiembre de 2007).

Así, por ejemplo, en las múltiples veces que nuestro libro ha sido aludido en Telemadrid, su contenido ha quedado resumido diciendo que definimos «libertad» como «hacer lo que a uno le da la gana». Varias veces esa frase ha aparecido subrayada y ampliada en pantalla, como prueba de nuestra ignorancia. Lo que no debían es que esa frase es sólo el punto de partida de un razonamiento estrictamente kantiano en el que acabamos, por cierto, por concluir que «libertad» es más bien «obedecer a la ley» (lo que, sin duda, considerarán muy desconcertante los directores de Telemadrid, tratándose de un libro que han calificado poco menos que de anticonstitucional). Hasta el menos aventajado de los alumnos de secundaria que de verdad leyera nuestro libro entendería perfectamente que nuestro concepto de libertad no tiene nada que ver con lo que ordinariamente se entiende por «hacer lo que nos da la gana». Es completamente obvio que si tomamos esa frase como punto de partida, es precisamente porque sabemos que se trata de una idea bastante común entre los jóvenes, de modo que es con ella con la que conviene ajustar cuentas. Por supuesto, esto lo sabían perfectamente en Telemadrid, pero no les importó mentir al respecto.

Es curioso cómo los periodistas acaban creyéndose sus propias mentiras, porque el caso es que en el programa 59", de TVE, también resumieron la tesis principal del libro del mismo modo. Luego pasaron a rasgarse las vestiduras, hasta el punto de que Melchor Miralles, directivo del diario El Mundo, pidió que a los autores nos inhabilitaran de por vida para la docencia (en todo caso, en descargo del director de 59", hay que señalar que accedió a leer una nota de rectificación en el programa siguiente; por supuesto, no se puede decir lo mismo de Melchor Miralles). Se han publicado otras mentiras absolutamente descabelladas, como, por ejemplo, que mostramos algún tipo de menosprecio hacia los gitanos (Alfonso Ussía, La Razón, 19 de agosto de 2007) cuando, en realidad, son mencionados precisamente como modelo de resistencia frente a los mecanismos destructores de la familia que pone en juego el capitalismo (que constituye, éste sí, el blanco de nuestras críticas); mentiras absurdas, como que consideramos intolerable mantener la virginidad hasta

el matrimonio, cuando lo único que decimos a ese respecto es que se trata de un asunto que debe quedar gobernado por la voluntad libre de cada uno; o mentiras delirantes, como que defendemos que la «dignidad» es comportarse como «un buen cerdo machista y tenerlos bien puestos» (La Razón, 17 de agosto de 2007), cuando, como es obvio, eso se propone precisamente como ejemplo de indignidad.

Lo más llamativo es que se hayan apuntado, por una parte, mentiras y, por otra, insultos y descalificaciones, sin aportar ni un solo argumento. Fernando Savater nos llamó «necios y sectarios» (ABC, 7 de agosto de 2007); Delgado Gal nos consideró «ineptos, fanáticos y paranoicos», al tiempo que se lamentaba de que fuéramos («¡ay!») profesores (ABC, 5 de agosto de 2007); Martín Prieto nos tildó de «retroprogres», «locos», «chequistas» y «lamelibranquios» (El Mundo, 12 de agosto de 2007); César Vidal nos llamó «escritores fracasados» y no sé cuántas cosas más (COPE, 12 de julio de 2007); Alfonso Ussía dijo que éramos unos «stalinistas», «comunistas», «genocidas» y nos invitó a irnos a vivir a Cuba (La Razón, 19 de agosto de 2007); Jiménez Losantos y Pedro J. Ramírez han hablado bastante de nuestro libro no sabiendo si llorar o reír y llegando a la conclusión de que, más que nada, somos unos «zumbaos».

Respecto a los insultos publicados en El Mundo y en La Razón hay que añadir, además, que han sido especialmente cobardes y maleducados, porque estos diarios (al contrario que El País o ABC) no nos han concedido derecho a réplica, ni siquiera las quince líneas de rigor en «Cartas al director». Tres cartas enviadas a Pedro J. Ramírez fueron rechazadas sin explicaciones.

Es muy notable el hecho de que sólo haya dos personas que hayan argumentado sobre el libro: Rafael Sánchez Ferlosio (El País, 29 de julio de 2007) y Gustavo Bueno (El Catoblepas). El primero lo hizo tras criticar durísimamente a Savater y para defender, en cambio, la idea fundamental de nuestro libro, lo que no tiene nada de extraño, pues, en efecto, «la idea de introducir en política la fuerza de lo impersonal» nos la enseñó él mejor que ningún otro. El segundo, es cierto, nos criticó con dureza, aunque con argumentos muy discutibles; pero, en todo caso, lo hizo tras burlarse de forma inmisericorde de los otros «libros de texto», y especialmente del de José Antonio Marina, del que vino a decir algo así como que si es más tonto no nace.

Así pues, después de todo, salimos ganando por comparación. Merecen comentario aparte los insultos que han cuestionado nuestra salud mental («zumbaos», «paranoicos», «casos psiquiátricos», etc.). Por lo visto, a la izquierda del PSOE y del PP estamos todos locos de remate. Pues, en efecto, los periodistas que tanto se han burlado de nosotros se asombrarían mucho al saber la acogida tan entusiasta que nuestro libro ha tenido en los medios de la izquierda alterglobalización (en las revistas El Viejo Topo, Viento Sur, Archipiélago, Fusión, El Otro País o en los sitios web habituales de la izquierda).

Es una prueba más de que los argumentos de izquierda no tienen ninguna cabida mediática en el espacio público de nuestra bendita libertad de expresión. No hace falta censura, en efecto, allí donde todo el mundo obedece, por la cuenta que le trae, la voz de su amo. Sin embargo, en esta ocasión se ha colado en los grandes medios de comunicación un argumento de la llamada «extrema izquierda». Ello se ha debido, como sabemos, a que al PP le convenía muchísimo,

en su guerra particular contra la asignatura de Educación para la Ciudadanía propuesta por el PSOE, presentar nuestro libro como el «manual de Zapatero». Es la única razón, pues el blindaje informativo contra los argumentos a la izquierda del PSOE ha sido siempre absoluto. Y mira por dónde, una vez que, debido a este accidente informativo, se encuentran con una argumentación anticapitalista y alterglobalización encima de la mesa de los telediarios y los periódicos, se quedan boquiabiertos y piensan que, sencillamente, se les han colado unos locos de atar.

Así de acostumbrados están a discutir con nuestros argumentos y así de acostumbrados están a discutir con nuestros autores habituales de referencia, tales como Noam Chomsky, Vandana Shiva, Tariq Ali, Samir Amin, Eduardo Galeano, Ammy Goodman, Pérez Esquivel, Naomi Klein, Immanuel Wallerstein, Terry Eagleton, Eric Hobsbawm, Michel Chossudovsky, Harold Pinter o Arundhati Roy. Hay un largo etcétera de autores censurados por los propietarios privados del espacio público. Por ejemplo, y sin ir más lejos, Ignacio Ramonet dejó al descubierto la complicidad de los medios europeos con el golpe de Estado contra el orden constitucional en Venezuela de abril del 2002, y ese fue el último artículo que publicó en El País. En suma, es de suponer que nuestros medios de comunicación no tendrían demasiado empacho en psiquiatrizar al movimiento alterglobalización en su conjunto, con todos sus autores de referencia y toda su bibliografía. Como si a la izquierda de los que tienen el poder no existiese más que el manicomio.

Al fin y al cabo, se trata de un buen síntoma. No podemos esperar que los que tienen la sartén por el mango aprecien la corrección de los diagnósticos de la izquierda alterglobalización. Si defendemos que «otro mundo es posible» es porque sabemos que otra economía y otras relaciones sociales son posibles en este mundo. Los anticapitalistas no pedimos la luna, no somos unos lunáticos. Pedimos algo de lo más sensato, aunque no podemos esperar la comprensión de los poderosos ni de sus mercenarios en los medios de comunicación. Se pongan como se pongan, el movimiento alterglobalización existe. Tampoco los propietarios de Atenas fueron demasiado comprensivos con Sócrates que es, después de todo, el verdadero protagonista de este libro.

❖ Introducción ❖

Se dice que una aguda y graciosa esclava tracia se rió de Tales porque, mientras observaba las estrellas y miraba hacia arriba, se cayó en un pozo.

Platón, Teeteto 174a

SE SUELE CONSIDERAR que con esta anécdota comienza la historia de la filosofía. Tales de Mileto era uno de los sabios más importantes de Grecia, era una de las siete personas más admiradas por su sabiduría. Algunas otras anécdotas que han llegado hasta nosotros nos lo presentan como un gran benefactor de su ciudad, porque, en efecto, su sabiduría había ayudado mucho en los asuntos políticos y sociales.

Así, por ejemplo, Tales había ayudado al ejército a vadear un río sin moverse del sitio. Hizo que se construyera una presa río arriba, desvió el cauce del agua y lo situó a espaldas de los soldados, que gracias a ello pudieron vencer en la batalla.

En otra ocasión, Tales había previsto un eclipse. Esto demostraba un gran conocimiento de los cielos, algo que resulta de lo más útil para orientarse en el mar. Otras anécdotas nos hablan de lo útiles que resultaban sus conocimientos para sus conciudadanos, quienes por eso le admiraban y respetaban.

Pero un día Tales se cayó en un pozo porque iba muy distraído, concentrado en sus pensamientos. Y entonces se corrió la voz de que Tales ya no sabía ni dónde ponía los pies. De hecho, algunos de sus conciudadanos ya hacía tiempo que desconfiaban de él. Le acusaban de que cada vez estaba más interesado en saber cosas a las que no se veía ninguna utilidad. Tales de Mileto contestaba que la cuestión no era si eran útiles o no, sino si eran o no verdad. Si era o no verdad, por ejemplo, que el agua era el principio de todo, de lo que todo había comenzado y de lo que todo estaba, en el fondo, compuesto. Estas cosas no parecían tener ningún interés para la ciudad y no se entendía por qué Tales perdía tanto tiempo en intentar dilucidarlas. Según él, lo importante no era saber cosas útiles para la vida ciudadana, sino, sencillamente, saber, saber por saber, por amor al saber. Por eso, comenzaron a llamarle «filósofo», que en griego quiere decir «amante del saber».

Le llamaban así sin duda que con cierta sorna y, algunos, con cierto desprecio y en tono de reproche, porque lo único que veían es que la «filosofía» apartaba a Tales de los asuntos útiles para la ciudad, que cada vez podía beneficiarse menos de su sabiduría. Algunos le consideraban ya un viejo chiflado incapaz no solamente de encaminar los pasos de la ciudad, sino incluso de encaminar sus propios pasos sin caerse en algún pozo.

Tales decidió entonces dar un escarmiento a sus conciudadanos de Mileto. Dedujo con acierto que la cosecha de aceitunas de ese año sería mucho más abundante de lo habitual y, sin decírselo a nadie, fue comprando todas las prensas para fabricar aceite. Llegó un momento en que todo el mundo tenía toneladas de aceitunas, pero no podían hacer nada con ellas porque todas las prensas estaban en manos de Tales, quien aprovechó para alquilarlas a precio de oro.

Así demostró a sus conciudadanos que si él se ocupaba de la filosofía y no de «cosas útiles» no era porque hubiera perdido la cabeza, sino porque había descubierto algo mucho más importante que la utilidad, algo mucho más importante que ganar batallas o que cubrirse de oro. Estaba convencido de que era algo destinado a cambiar enteramente la vida de esa ciudad y de todas las ciudades del mundo.

desatado una fuerza portentosa que en adelante no dejaría de agitar la historia occidental. Se trataba de la idea de que la vida de la ciudad tuviera su centro de gravedad en torno a la verdad, la dignidad y la justicia. Se trataba de que, en adelante, la ciudadanía no se conformara con ganar batallas y perseguir con éxito sus intereses. Que nada resultase a la ciudad suficientemente bueno si no era, además de útil o conveniente, justo y verdadero.

Para muchos, esto era una tontería. Pero lo cierto es que la humanidad acababa de iniciarse en una aventura que llega hasta nuestros días y sobre la que todavía no se ha dicho la última palabra.

❖ La Aventura de la Ciudadanía ❖

§ EL ENIGMA DE SÓCRATES

ENTRE TODOS LOS PROYECTOS que ha emprendido el ser humano, la aventura de la ciudadanía ha sido la más arriesgada y la más sorprendente. Quizá esto pueda sonar a exageración, teniendo en cuenta las cosas tan raras que el hombre se ha empeñado en hacer a lo largo de la historia, Sócrates de viajar a la Luna a obsesionarse en ganar guerras mundiales. Es verdad que, a primera vista, no hay nada que parezca excepcional en el hecho de que seamos ciudadanos. Se trata, simplemente, de que en tanto que ciudadanos de, por ejemplo, el Estado español, tenemos determinados derechos y deberes, y podemos votar cada cierto tiempo a quien nos va a gobernar. Nada de esto es sorprendente, es más bien lo más normal del mundo, es nuestra vida más cotidiana.

Sin embargo, toda nuestra existencia ciudadana está levantada sobre un misterio. Podemos hacernos una idea del enigma si nos fijamos en cómo comenzó, para el ser humano, la historia de esta aventura de la ciudadanía. La historia de la filosofía había comenzado ya con un tropiezo, con la caída de Tales de Mileto. La aventura de la ciudadanía comenzó, también, con un tropiezo, pero esta vez de la humanidad entera: por algún motivo, una democracia, la democracia ateniense, consideró necesario condenar a muerte a un ciudadano de setenta años, llamado Sócrates, cuyo único delito había sido ir todo el rato por ahí preguntando a la gente qué era un zapato. Es cierto que Sócrates también preguntaba, por ejemplo, qué es la virtud, pero eso es lo de menos. Lo importante es que lo único que hacía era preguntar.

Sócrates, en efecto, no enseñaba nada en especial, porque, tal y como él solía decir, lo único que sabía era que no sabía nada. O sea, que nada podía enseñar. Pero, eso sí, no paraba de preguntar qué es un zapato, qué es la virtud, y cosas así.

Pues bien, es con este enigma con el que comenzó para la humanidad la aventura de la ciudadanía. Con este enigma y con esta ignominia: la condena a muerte de un anciano que no había hecho más que preguntar. Si Atenas hubiera sido una dictadura, si la muerte de Sócrates se hubiera debido al capricho de un tirano, la cosa no tendría nada de sorprendente. Lo extraño es que Atenas era una democracia y, además, es el modelo de referencia de lo que solemos entender por democracia. ¿Condenaríamos nosotros a muerte a un viejo que anduviera por ahí preguntando qué es un zapato? La pena de muerte, se dirá, ni siquiera está reconocida en nuestra Constitución. Ahora bien, tenemos motivos para pensar —como vamos a intentar hacer ver en este libro— que si ese viejo preguntara de la misma manera y con la misma insistencia que Sócrates, nuestra saludable democracia encontraría alguna manera de condenarle a muerte, aunque para ello tuviera que hacer una reforma constitucional o incluso que sacrificar la Constitución. El siglo xx nos ha dejado algunos ejemplos que vendrían al caso (y que más adelante tendremos ocasión de comentar con detenimiento).

¿Qué tenía de especial la forma de preguntar de Sócrates? ¿Por qué resultó insoportable para la democracia ateniense?

§ UN ESPACIO VACÍO

El rey ciro, rey de los persas (que eran los más grandes enemigos de los griegos), se refirió una vez a los atenienses diciendo con desprecio: «Ningún miedo tengo de esos hombres que tienen por costumbre dejar en el centro de sus ciudades un espacio vacío al que acuden todos los días para intentar engañarse unos a otros bajo juramento».

Estas palabras son, en realidad, una preciosa definición de la democracia. Poco sospechaba el rey Ciro de la inmensa potencia que se escondía en ese espacio vacío, gracias al cual los griegos no sólo ganarían dos guerras contra los persas, sino que se convertirían en un modelo político para toda la historia de la humanidad. Ese espacio era la plaza pública, en la que se asentaban dos realidades de potencia incalculable: la asamblea, lo que nosotros llamaríamos el Parlamento, y el mercado, del que no hablaremos todavía, aunque tendrá gran importancia en próximos capítulos. En los dos sitios, la asamblea y el mercado, los hombres intentaban engañarse bajo juramento y, en verdad, no han dejado de hacerlo hasta nuestros días.

Pero en la asamblea, al intentar engañarse, tienen que argumentar y contraargumentar, tienen que dialogar, y de este diálogo van surgiendo consensos y de los consensos, leyes. Los griegos eran «ciudadanos» en la medida en que pisaban ese espacio vacío en el centro de sus ciudades. Era el espacio al que, en adelante, llamaremos el espacio de la ciudadanía.

Es muy importante que ese espacio esté, como subrayaba con asombro el rey Ciro, vacío. Que esté vacío supone, por ejemplo, que no está ocupado por un Templo o por un Trono. He aquí lo que tiene de atrevido el proyecto de la democracia que hemos heredado de Grecia: poner en el centro de la ciudad un espacio vacío es como pretender que toda la vida ciudadana, todo aquello sobre lo que bascula el tejido social, gire en torno a un lugar en el que no hay dioses ni reyes: ni tiranos terrestres ni déspotas celestes. Se trata de preservar así, en el centro mismo desde el que emana la más alta autoridad de la vida social, un lugar sin amos ni siervos.

Eso no quiere decir que en otras partes del tejido social, incrustados en otros barrios más o menos periféricos de la ciudad, no pueda haber lugar para la vida religiosa o para determinados tipos de servidumbre. La gente puede decidir ir a rezar a los templos, puede aceptar una vida familiar en la que, por ejemplo, los hijos deban obedecer a sus padres, puede aceptar un contrato basura en una empresa o incluso aceptar ser cabo de la guardia civil y obedecer las órdenes de un capitán. Pero sólo si así lo decide, pues el lugar de la última y más legítima autoridad seguirá estando en otra parte. Y lo importante y lo sorprendente, lo que de inquietante tiene la democracia, es que el centro mismo de la ciudad, el lugar en el que reside la autoridad última de la vida social, es un lugar vacío, un lugar vacío que pueda ser visitado por cualquiera, un lugar al que se acude para dialogar, para argumentar y contraargumentar, incluso, ¿por qué no?, para intentar, como decía el rey Ciro, engañar a los demás bajo juramento.

Así pues, los hombres pueden ser padres o hijos, amos o siervos, empleados o patrones, varones o mujeres, subordinados o jefes, fieles de un dios o miembros de una casta sacerdotal que pretende hablar en su nombre. Pero, en la medida en que penetren en ese espacio vacío del que hablamos, se convierten en ciudadanos. Y en ese sentido y en ese lugar, son todos iguales. Se dirá que esto es un cuento chino. Ya veremos luego si lo es o no. Pero primero hay que entender lo que se quiere decir con ello. En ese «espacio vacío» todos son iguales para hacer lo que se hace en ese espacio vacío, es decir, para hablar, para dialogar, para argumentar. Claro que esa gente seguirá siendo distinta y desigual a la hora de rezar, de trabajar, de obedecer, de comer, de tener hijos, etc. Pero porque esas cosas no se hacen en ese centro de la ciudad del que estamos hablando, sino en lo que podríamos considerar los «barrios de la vida privada».

Eso sí, si la ciudad de la que estamos hablando es una ciudad verdaderamente democrática, será porque ha adquirido el compromiso de hacer gravitar toda la vida ciudadana según lo que se decida en ese lugar vacío en el que todos son ciudadanos y, por consiguiente, iguales. Por tanto, eso quiere decir que el rezar, el trabajar, el obedecer, el comer, el tener hijos y todas esas cosas se harán según las normas y leyes que se vayan decidiendo desde el espacio «vacío» de la ciudadanía. Eso quiere decir también que, en algún sentido, en algún sentido muy importante, los hombres y las mujeres, los padres y los hijos, los obreros y los patrones, los fieles y los sacerdotes, son prioritariamente, por encima de todas esas cosas, ciudadanos. Alguien puede ser un obrero, pero antes de ser un obrero, es ya un ciudadano. Y lo sigue siendo siempre de manera fundamental.

Por supuesto eso no quita para que uno deba comer de su trabajo y no de su condición de ciudadano. Pero las leyes que decidan cómo se ha de trabajar para comer vendrán decididas, si se trata de una democracia, desde el espacio de la ciudadanía y no desde, por ejemplo, una reunión de empresarios. (Repárese bien en que aquí estamos hablando en condicional: así tendría que ser «si se tratara de una verdadera democracia»; tiempo habrá luego de comprobar qué queda de ello en la cruda realidad.)

§ EL LUGAR DE CUALQUIER OTRO

Los atenienses estaban tan orgullosos de su democracia como lo estamos nosotros. Es muy famoso el discurso de Pericles, en el que este gran estadista explica cómo el poder que Atenas ha demostrado esconde su secreto en ese espacio vacío que tan insensatamente despreciaba el rey Ciro. Los griegos –entre ellos, sin duda, los que juzgaron y condenaron a Sócrates– tenían mucho aprecio por este discurso. Se trata de un precioso canto de alabanza a la democracia que todavía suele citarse con admiración. Ahora bien, a Sócrates ese discurso le inspiraba un verdadero desprecio. Le parecía, no cabe duda, absolutamente insuficiente. Tan insuficiente como esa vida ciudadana de la que los griegos estaban, en su opinión, tan injustificadamente orgullosos.

¿Estaba, entonces, Sócrates de acuerdo con el rey Ciro en despreciar ese espacio vacío, esa plaza pública, esa especie de agujero que se abría en el centro de las ciudades y los estados griegos? Evidentemente no. Sócrates despreciaba la ciudadanía ateniense porque le parecía insuficientemente ciudadana; Ciro lo hacía por lo que tenía, precisamente, de ciudadanía. Ciro no entendía que en el centro de la ciudad

no colocaran un altar o un trono, un templo o un palacio. Sócrates, por el contrario, lo que observaba es que, aunque no lo pareciera, ese lugar vacío estaba, todavía, siempre demasiado lleno. Sócrates lo veía, en realidad, atiborrado de diosillos, de idolillos y reyezuelos, de pequeños déspotas celestes y terrestres, de todo un tejido de servidumbres insensibles que acababan por constituir la más imponente de las tiranías.

Para que ese lugar hubiera estado, a gusto de Sócrates, suficientemente vacío, tendría que haber sido, realmente, algo a lo que vamos a llamar «el lugar de cualquier otro». También podemos llamarlo «Razón» o, también, «Libertad». Lo importante no es ponerle nombre, sino entender en qué consiste que el lugar de los ciudadanos esté vacío. Sólo si está vacío puede ser ocupado por cualquiera.

Y sólo en ese sentido puede ser el lugar de todos, a fuerza, precisamente, de no ser el lugar de nadie, a fuerza de que nadie pueda apropiarse de ese lugar y decir que es un dios, o un representante de dios, o un rey o un príncipe con más derecho a estar ahí que los demás. Un lugar de todos y de nadie, un lugar vacío que cualquiera puede llenar, sin que por eso deje de estar vacío. Se trata de una aparente paradoja que no es sólo aparente: es en realidad, como vamos a ver, mucho más enigmática y profunda de lo que parece a simple vista. Tanto que todo la historia de la filosofía, al menos en una de sus columnas vertebrales, la que llamamos Ilustración, ha consistido en profundizar en este enigma político.

Así pues, los ciudadanos tienen que ser capaces de habitar el espacio de la ciudadanía sin llenarlo, sin suplantarlo, sin convertirlo en otra cosa, en, por ejemplo, un palacio o un templo. Se dirá que es imposible estar en un lugar y que ese lugar, al mismo tiempo, permanezca vacío. Se dirá que lo máximo que pueden pedir los ciudadanos en el lugar de la ciudadanía es que cada uno pueda ir ahí con su templo y su trono preferido, de tal modo que en el lugar de la ciudadanía lo que encontremos sea una multitud de religiones y de despotismos tolerándose entre sí. Ahora bien, eso es un absurdo.

De ese modo sólo se lograría que uno de los templos o uno de los tronos, el que más fuerza acabara por tener, terminara por dominar a los otros. Y entonces, lo que tendríamos en el centro de la ciudad sería eso, un trono o un templo, y no un espacio vacío. Es decir, que lo que tendríamos sería, precisamente, la ausencia de ciudadanía y no una «ciudadanía más realista». Incluso si eso es lo que siempre acaba por suceder, porque así son las cosas, que el pez grande se come al chico y, así, un trono o un templo acaba siempre por apropiarse del lugar de la ciudadanía, predominando siempre sobre los demás tronos y sobre los demás templos, sería absurdo que nos empeñáramos en decir que eso es la ciudadanía en realidad, en lugar de diagnosticar, más bien, que en esa realidad la ciudadanía brilla por su ausencia.

Por el contrario, si de lo que se trata es de que los distintos tronos y los distintos templos tengan que tolerarse entre sí, de que tengan la obligación de aguantarse y respetarse unos a otros, entonces es preciso que haya algún tipo de instancia, algún tipo de autoridad desde la que se dicte esa obligación, esa norma, esa ley. Tiene, pues, que haber un lugar vacío desde el cual se diga, se obligue, se legisle lo que los tronos y los templos deben cumplir.

Volvemos, por tanto, a plantearnos perplejos la pregunta: ¿Cómo podrían los ciudadanos ocupar el lugar de la ciu-

dadanía sin llenarlo? ¿Qué tiene de especial ese lugar que Sócrates se empeñó en defender, ese lugar que puede llenarse de ciudadanos sin dejar de estar vacío? ¿Cuál puede ser ese lugar sobre el que habría, por tanto, que levantar la asamblea, el parlamento, el edificio de la ley, la ciudad? ¿Lo llamaremos «Razón», «Libertad», «lugar de cualquier otro»?

Antes nos preguntábamos por el misterio de que una democracia se sintiera incapaz de aguantar a un viejo como Sócrates, que lo único que había hecho era preguntar qué es un zapato. Quizás ahora puede empezar a vislumbrarse el secreto de lo que pasó. El problema estaba en que Sócrates se empeñaba en preguntar desde ese lugar del que estamos hablando ahora. Un lugar tan vacío que, comparado con él, el lugar vacío del que tanto se asombraba Ciro, estaba lleno a rebosar. Y lo que ocurrió fue que, en efecto, la presencia de Sócrates por las calles de la ciudad era como si fuese abriendo un agujero, un pozo, en el que la ciudad entera amenazaba con precipitarse, como si se tratase de un abismo.

Ahora bien, ese abismo era ni más ni menos que la democracia misma: la fuerza de la democracia, que exigía a la vida entera de la ciudad caminar hacia otro sitio de donde estaba caminando. Era, quizá, el mismo pozo en el que tiempo atrás se había caído Tales, y era como si Sócrates se empeñara ahora en que fuera la ciudad entera la que cayera con él. Como si recordara a los ciudadanos que, si verdaderamente lo eran, las cosas no podían seguir igual. Era la voz que recordaba la potencia que se encerraba en ese espacio vacío que Grecia había inventado para la historia de la humanidad. Sus conciudadanos encontraron el medio de acallarle a él, condenándole a muerte, y de acallar también las propias exigencias de la ciudadanía y de la democracia, suplantando a éstas por una apariencia de ciudadanía y una apariencia de democracia. Es obvio que en este dilema nos encontramos aún, veinticinco siglos después. ¿A qué estamos llamando democracia nosotros, todos los días, en nuestros telediaris, en nuestros periódicos, en nuestras cabezas?

¿Cómo haremos para distinguir la democracia de la apariencia de democracia? Empecemos por intentar comprender en qué consiste ese nuevo vacío que Sócrates abrió en aquel vacío ateniense que tanto asombraba a Ciro. Intentemos comprender eso que hemos dicho: que se trata de un lugar que los ciudadanos pueden ocupar sin llenarlo, o, al menos, sin llenarlo de otra cosa que de su propia ciudadanía. Pero como aún no sabemos lo que es la ciudadanía, con esto no hemos dicho nada de nada. A ese lugar lo hemos llamado (así se lo ha llamado a lo largo de la historia de la filosofía) «Razón» y «Libertad». A ver qué significa eso. Puede que parezca que estamos acumulando paradojas y que todo esto no es más que uno de esos trucos verbales a los que tan propensos parecen los filósofos. Sin embargo, el «lugar vacío» del que estamos hablando no es un invento de los filósofos. Por el contrario, es un lugar que hemos visitado y experimentado probablemente muchas más veces de lo que creemos. Quizá no nos hayamos percatado siempre –o quizá nunca– de lo que ciertas experiencias tenían de paradójicas y asombrosas, pero ahora es el momento de reflexionar sobre ello.

❖ Razón y Libertad: el Lugar de Cualquier Otro ❖

§ LA RAZÓN Y LAS MATEMÁTICAS

EN CLASE DE MATEMÁTICAS, por ejemplo, los estudiantes se enfrentan a diario a un fenómeno asombroso e inexplicable, aunque no se den cuenta de ello. Lo que ocurre todo el rato en clase de matemáticas es mucho más sorprendente que los milagros de la religión, los fenómenos paranormales o el hecho de que ser piscis o libra pueda determinar nuestro destino de la semana. Puede que nunca hayamos reparado en ello, pero es fácil caer en la cuenta de que la clase de matemáticas se sostiene sobre una paradoja esencial. En ella vemos a un profesor hablando y hablando, mientras traza garabatos sobre una pizarra. De pronto, el profesor apunta al pie de la pizarra algo así como «tal y tal... que es lo que queríamos demostrar». «El cuadrado de la hipotenusa», tal y como queríamos demostrar, «es igual a la suma del cuadrado de los catetos.» He aquí un teorema, el famoso teorema de Pitágoras, demostrado cuidadosamente en la pizarra por un profesor. Algún alumno podría entonces intervenir diciendo «¡bueno, eso lo dirá usted!». Lo importante es reparar en que el profesor no debería responder algo así como que él tiene más autoridad y que, por tanto, hay que hacerle caso respecto de ese asunto del cuadrado de la hipotenusa. Lo importante es reparar en el hecho de que la respuesta conveniente sería algo del tipo: «¿Pero cómo? ¿Es que usted no se ha dado cuenta de que estamos en clase de matemáticas? ¡Yo no he dicho ni digo aquí nada de nada!».

«¡Pero si lleva toda la clase hablando, todos lo hemos visto!», podría replicar el alumno. «Se equivoca caballero», haría bien en responder el profesor, «yo he movido los labios y he pronunciado sonidos, pero no soy yo quien ha dicho que el cuadrado de la hipotenusa es la suma del cuadrado de los catetos. Eso no lo he dicho, lo he demostrado. Y eso es tanto como decir que eso se ha dicho a sí mismo. O si se quiere, que es imposible decir otra cosa sobre el cuadrado de la hipotenusa. Y que, por tanto, si yo fuera otro, habría dicho lo mismo: que «el cuadrado de la hipotenusa es la suma del cuadrado de los catetos».

—Eso no es más que su opinión. ¿O es que pretende usted tener la verdad en sus manos?

—No, no es mi opinión. Lo que es mi opinión, en todo caso, es que esta demostración que hay escrita en la pizarra está bien hecha y que, por tanto, esto es verdadero independientemente de que yo tenga ganas o no, independientemente de mis pareceres y también de mis opiniones. Puede que alguien demuestre un día que esa demostración no está bien hecha, y entonces resultará que esto era, en realidad, falso. Pero, en ese caso, será falso, también, independientemente de mis ganas, de mis pareceres y de mis opiniones. En todo caso, lo que hay escrito aquí en la pizarra no es para nada relativo a mí. No tiene nada que ver conmigo. Es, hasta donde yo sé, eternamente verdadero (independientemente de mis opiniones) o, quizá, es eternamente falso (pero entonces también independientemente de mis opiniones). Por eso digo que yo no he dicho nada aquí, que esto se ha dicho a sí mismo. Eso es lo que quieren decir, en verdad, las palabras demostración o deducción. Una demostración es algo que

decimos por coherencia con lo que hemos dicho antes, de tal modo que podemos afirmar que lo que decimos se sigue por sí solo de lo dicho anteriormente. Esto es a lo que llamamos razonar.

—Según eso, cuando razonamos no estaríamos razonando nosotros, usted o yo o fulano de tal... estaría razonando... nadie...

—Si lo quiere decir así... Cuando nos esforzamos por razonar es obvio que somos nosotros los que nos esforzamos. Pero ¿en qué nos esforzamos? Lo curioso es que nos esforzamos en decir algo que podría decir cualquier otro, o mejor, que incluso tendría que decir cualquier otro si quisiera ser coherente. O sea, si lo quiere decir así, se trata de que nosotros, usted o yo o fulano de tal, cuando razonamos, nos esforzamos mucho en decir cosas que no dependan de que seamos nosotros quienes las estemos diciendo. Nos esforzamos mucho y somos, desde luego, nosotros los que nos esforzamos... en no ser nosotros. Es por eso por lo que cuando he puesto en la pizarra eso de «como queríamos demostrar», es como si hubiera declarado que estoy seguro de que yo no he dicho nada, que estoy seguro de que eso, de alguna forma, «se ha dicho a sí mismo».

—Si una persona nos está habla que te habla y luego pretende no habernos dicho ni mú, es que está loca. Cualquiera la calificaría de loca. Una vez conocí a un esquizofrénico que decía que no era él quien decía lo que decía, que eran voces que hablaban en su cabeza y cosas así.

—De acuerdo. Se trata, en efecto, de una locura. Las matemáticas son una especie de locura. De hecho, la filosofía, la ciencia, la capacidad de razonar debieron de ser una especie de ataque de locura que le dio a la Humanidad, allá por la Grecia clásica, desde el momento en que Tales de Mileto se cayó en un pozo. Ahora bien, no todas las locuras son iguales. Esta locura es lo que llamamos civilización occidental. No digo que no sea una locura, pero es una muy particular. Puede que los griegos sintieran que se habían vuelto locos cuando dedujeron el teorema de Pitágoras. En todo caso, debieron de sentir una perplejidad enorme. « $H^2 = C^2 + D^2$ »¹, he aquí una frase bien curiosa. Tan curiosa que, al contrario de lo que pasa con todas las frases, para decirla no importa nada el hecho de ser espartano, o ateniense, o persa. Debió de ser un descubrimiento impresionante el haber dado de pronto con algo con lo que los atenienses y los espartanos, pese a todas sus guerras, todas sus diferencias, todas sus rivalidades, tenían que estar forzosamente de acuerdo. Algo respecto de lo que los griegos y los persas, que parecían fatalmente destinados a matarse en la guerra, tuvieran que estar de acuerdo por encima de sus desacuerdos, por encima de la diferencia insalvable de sus dioses, de su lengua, de sus costumbres, de su condición política, etc. Es posible afirmar que, en ese mismo momento, debieron de sentir como que se caían en un pozo desde el que se vislumbraba una Nueva Tierra en la que espartanos y atenienses y persas tenían que estar necesariamente de acuerdo, lo quisieran o no.

En efecto. Al deducir un teorema, como el teorema de

¹Donde H es la hipotenusa y tanto C como D son los otros dos catetos, es decir, los otros dos lados del triángulo.

Pitágoras, estamos diciendo algo así como esto: «Yo digo que $H^2 = C^2 + D^2$ y soy ateniense, pero si en lugar de ser ateniense fuera espartano, diría lo mismo. Yo digo que $H^2 = C^2 + D^2$ y soy griego, pero si en lugar de ser griego fuera persa, diría lo mismo. Digo eso y soy gallego, o catalán o de Getafe, pero si fuera andaluz o francés o esquimal o chino, diría lo mismo». «Digo que $H^2 = C^2 + D^2$ y soy mujer, pero si fuera hombre diría lo mismo». En realidad, la cosa es aún más radical: «Digo que $H^2 = C^2 + D^2$ y soy ciudadano, pero si fuera esclavo diría lo mismo; soy rico, pero si fuera pobre diría lo mismo. Soy más bien depresivo o más bien simpático o quizá soy anoréxico, neurótico obsesivo, histérico o bipolar. Quizá tuve una infancia feliz o una infancia desgraciada, un padre alcohólico, una madre yonqui o un abuelo ministro: el caso es que dos y dos son cuatro y que $H^2 = C^2 + D^2$ ». Así pues, los griegos debieron quedarse perplejos ante el descubrimiento de la geometría. El vocablo «geometría» nombra el arte de medir la Tierra. Pero ¿qué tierra es esa que mide la geometría si no es la de los espartanos, ni la de los atenienses ni la de los persas? A través de la geometría, los griegos debieron vislumbrar un horizonte en el que se anunciaba otra forma de habitar la tierra, una tierra que, de pronto, había dejado de pertenecer a los espartanos, a los atenienses, a los persas, y también, de alguna manera, a los ricos, a los pobres, a los varones, a las mujeres, a los ciudadanos o a los esclavos. En cuanto a la tierra de las matemáticas todos somos iguales.

Es fácil comprender que sería un grave error, a la hora de hacer matemáticas, tratarse a uno mismo en tanto que espartano, si uno es espartano, o en tanto que ateniense o persa, si es que se es eso o lo otro. Si uno es catalán, gallego o andaluz, lo peor que puede hacer a la hora de hacer matemáticas es ponerse a deducir teoremas «a la catalana», «a la gallega» o «a la andaluza», como si estuviese cocinando pulpo, butifarra o pescaditos fritos. En matemáticas lo peor que podemos hacer es aportar nuestra opinión personal. Pongamos, por ejemplo, que se trata de sumar dos más uno. Uno tiene perfecto derecho a opinar que dos más uno son un millón. Pongamos que Juan está enamorado de Ana y que ha concertado una cita con ella con toda la ilusión del mundo. Pongamos que Ana acude a la cita, pero que lo hace en compañía de Pedro, su antiguo novio. «¡Bueno, no es para ponerse así!», dice Ana ante las protestas de Juan, «¡cualquiera diría que he venido acompañada de un regimiento! Al fin y al cabo sólo he venido con uno.» Se comprenderá el punto de vista de Juan si le contesta: «¿Y qué más da uno que un millón? ¿Es que tú no entiendes eso de que dos son compañía pero tres son multitud?». Ahora bien, ¿cuántos son dos y dos para los gallegos o para los catalanes? ¿Y para los persas? ¿Y para los que han tenido una infancia desgraciada, un padre borracho o un abuelo ministro, para los que son más bien insociables y solitarios o son juerguistas y extrovertidos?

En resumidas cuentas, cuando estamos sentados en clase de matemáticas deduciendo un teorema, estamos colocados en un lugar bien misterioso. Un lugar en el que, curiosamente, nosotros mismos no pintamos nada. Se trata de un lugar en el que da igual que seamos gallegos o persas, ricos o pobres, hombres o mujeres, cristianos o musulmanes, un lugar en el que dan igual los avatares de nuestra infancia o las peculiaridades de nuestro carácter. Pero conviene que seamos incluso más radicales: en ese lugar no es que dé completamente igual qué tipo de persona seamos, sino que, en

realidad, da igual que seamos humanos o no. Es más, así como hemos visto que sería una mala idea cocinar el teorema de Pitágoras a la gallega, también sería una mala idea cocinarlo «con mucha humanidad».

El «hombre» tampoco pinta nada en las matemáticas. Así como no conviene tratarse a uno mismo en tanto que gallego o castellano a la hora de sumar dos y dos, tampoco conviene tratarse a uno mismo en tanto que ser humano. Cuando demostramos el teorema de Pitágoras decimos algo que diríamos igual si en lugar de ser gallegos fuéramos castellanos o quién sabe si persas. Pero, en realidad, decimos algo que tendríamos que decir igual si en lugar de ser seres humanos fuésemos... pongamos que marcianos o ángeles.

Cuando hacemos matemáticas no nos tratamos a nosotros mismos en tanto que humanos, sino en tanto que seres racionales. Así pues, si existieran los marcianos o los ángeles, el caso es que en clase de matemáticas sentiríamos que (tras superar algunos detalles técnicos de traducción) no habría diferencia entre unos y otros a la hora de contestar a qué equivale el cuadrado de la hipotenusa. De hecho, en la sonda espacial Pioneer-10 que, tras cruzar la órbita de Júpiter, estaba destinada a perderse en el espacio en 1973, la NASA introdujo unos mensajes destinados a cualquier ser racional que pudiera encontrarse con ellos: un dibujo de un hombre y una mujer, un disco de los Beatles y la serie de los números primos. Las sondas Voyager que lanzaron después también iban repletas de «jeroglíficos científicos».

Seguramente los marcianos no existen, pero la capacidad del hombre de tratarse a sí mismo en tanto que ser racional le ha hecho, ya siempre de antemano, partícipe de una comunidad más extensa que la mera especie humana y es eso lo que introduce en la historia de las civilizaciones un concepto absolutamente excepcional y absolutamente irrenunciable de ciudadanía. No parece muy probable que a los marcianos les llegue a gustar el disco de los Beatles en caso de que algún día lleguen a encontrarlo. No sabemos si tendrán siquiera oídos para escucharlo; en cualquier caso, seguro que no están educados para entender la moda terrícola de los años sesenta del siglo xx. Pero si a los marcianos se les envía una señal con la serie de los números primos, sean como sean, tienen que llegar a estar de acuerdo con ella: porque al igual que los humanos podemos tratarnos a nosotros mismos en tanto que seres racionales (y no sólo en tanto que humanos), los marcianos tienen que ser capaces de tratarse a sí mismos, además de como marcianos, en tanto que seres racionales.

En la medida en que puedan captar una señal electromagnética, o tocar unos bultitos como de braille, o escuchar unos pitidos, o ver unas manchitas que sigan la serie uno, dos, tres, cinco, siete... , los marcianos comprenderán que, allá en los confines del universo, perdidos en la inmensidad del espacio, existen unos seres con los que ya están de acuerdo en algo, unos seres que ya son, al menos en ese sentido, iguales a ellos, sus hermanos, sus conciudadanos en una comunidad universal.

Según nos cuenta Platón, un sofista llamado Menón le dijo a Sócrates que el conocimiento era algo imposible. Sócrates, entonces, mandó llamar a un esclavo completamente ignorante y le pidió que dibujase un cuadrado el doble de grande que una de las baldosas del suelo. Como el esclavo no tenía ni idea de nada, comenzó doblando el lado de la baldosa, pero en seguida se dio cuenta de que el cuadrado que le salía era cuatro veces y no dos veces el que intentaba dibujar.

jar. «¡Por Zeus, Sócrates, yo no sé nada de todo esto, no soy nadie para resolver este tipo de problemas, soy un esclavo y nunca he estudiado matemáticas!», exclamó. Pero Sócrates empezó entonces a hacerle preguntas: «¿Cuántas veces más es cuatro que dos? ¿Dos es la mitad de cuatro?». Y siguió preguntando así hasta que el esclavo dibujó la diagonal de la baldosa inicial, cortándola por la mitad. Luego, dibujó un cuadrado tomando como lado esa diagonal. Sin darse cuenta había desembocado en una demostración particular del teorema de Pitágoras: el cuadrado de la diagonal de un cuadrado tiene dos veces la superficie de éste.

En consecuencia, para hacer matemáticas no hacía falta ser ateniense ni espartano, ni siquiera griego. Un esclavo se sabe, en realidad, el teorema de Pitágoras, a poco que piense sobre ello. Un esclavo, diría Menón, no es nadie para hacer matemáticas, ni sabe nada de matemáticas. Paradójicamente, lo que le hacer ver Sócrates es que, para las matemáticas, es muy bueno ser nadie y saber que no sabes nada.

Así pues, al hacer matemáticas, nos esforzamos por colocarnos en un lugar que, como decíamos, es bien enigmático, ya que desde él comprendemos no sólo que es indiferente que seamos gallegos, españoles o persas, sino incluso que da igual que seamos, incluso, marcianos o ángeles. Se trata de ese lugar en el que somos, sencillamente, seres racionales. Ahora bien, el ejemplo del que nos hemos valido hasta aquí no debe confundirnos. Hemos hablado todo el rato de matemáticas porque es el ejemplo más agradecido.

Pero ese lugar del que estamos hablando no lo ocupamos sólo al hacer matemáticas, sino cada vez que razonamos algo. Otro asunto es, por supuesto, que apar te de las matemáticas, con respecto a otro tipo de temas, sea mucho más difícil hacer un razonamiento bien hecho. Pero el hecho de que sea más difícil no cambia la naturaleza de la cosa. No es verdad, como a veces suele decirse, que en matemáticas las cosas sean necesarias y exactas y que, en cambio, en Historia, en Sociología o en Filosofía todo sea «cuestión de opiniones».

Ni muchísimo menos es así. Pongamos que estamos estudiando la Revolución francesa o las causas del crecimiento del paro desde 1980. Al matemático que demostraba el teorema de Pitágoras le exigíamos que fuera capaz de decir algo así como «si yo no fuera yo, diría lo mismo». Pues bien, exactamente lo mismo hay que pedirle al historiador que estudia la Revolución francesa, o al economista que estudia las causas del paro. No nos interesa para nada (por lo menos en un ámbito académico) lo que los gallegos opinan sobre la Revolución francesa: a no ser, naturalmente, que estemos estudiando a los gallegos en el curso, por ejemplo, de una investigación etnográfica (pero en ese caso, ya no se trataría de estudiar la Revolución francesa, sino de estudiar al pueblo gallego).

Puede que nuestro profesor de historia, sea, por ejemplo, gallego, pero a la hora de hablarnos sobre la Revolución francesa, nos interesa que diga cosas objetivas, no que nos hable en tanto que gallego. Si nuestra profesora es mujer, no esperamos que nos dé un punto de vista femenino sobre la Revolución francesa. Por supuesto que nos tendrá que explicar el importante papel que desempeñaron las mujeres en dicha revolución, pero eso lo deberá hacer cualquier historiador riguroso y objetivo, ya sea hombre o mujer. Si los historiadores varones tienen más tendencia a omitir esa parte, será, precisamente, porque están dejando que se inmiscuyan sus opiniones machistas en su trabajo científico.

Por lo mismo, si nuestro profesor es rico o pobre, no nos interesa nada que nos explique cómo se ve la Revolución francesa desde las atalayas de la riqueza o desde los suburbios de la indigencia. Por supuesto, para estudiar historia con seriedad, no podrán dejar de tenerse en cuenta las condiciones económicas de la Revolución, pero esas condiciones económicas son las de la revolución y no las de nuestro profesor. Tampoco nos interesa que se cocine la Revolución francesa según la receta de una infancia desgraciada, un carácter extrovertido o una personalidad depresiva que siempre suele verlo todo por el lado malo.

En realidad, exactamente lo mismo que en clase de matemáticas, nos interesa que el profesor de Historia pueda declarar, respecto de cada cosa que diga: «Digo esto y esto sobre la Revolución francesa y lo digo por esto y esto que he dicho antes, por esto y estos datos, por estos y estos razonamientos». Es decir: «Digo esto y seguiría diciendo lo mismo si en lugar de ser español o francés fuera italiano o persa, si en lugar de ser mujer fuera hombre, si en lugar de depresivo fuera optimista, sociable y extrovertido». En realidad, lo ideal sería que, sobre la Revolución francesa, en clase de Historia, el profesor nos dijera cosas que seguiría diciendo igual en el caso de que en lugar de ser un ser humano fuera un marciano.

Bien es verdad, por supuesto, que eso resulta, en el ámbito de estudio de la historia, mucho más difícil que en matemáticas. Es mucho más difícil ser objetivo a la hora de hablar sobre la Revolución francesa o sobre las causas del paro que a la hora de sumar dos y dos. Pero el que sea mucho más difícil no implica en absoluto que se trate de otra cosa. ¡Las ciencias humanas están menos desarrolladas que las matemáticas, qué se le va a hacer! Pero eso no quiere decir que se espere de ellas otra cosa que la objetividad. Sólo faltaría que en clase de economía, a la hora de contarnos las causas del paro a partir de 1980, un profesor nos contara lo que sobre esa cuestión le conviene a él, que es rico, que nos creamos nosotros, que somos pobres. Y sí, la verdad es que, fuera de clase de matemáticas, es muy probable que nos den gato por liebre. El profesor de matemáticas lo tiene más difícil, pero el profesor de economía con más facilidad puede ser un impostor que nos va a contar las cosas según le conviene, o según conviene a los que le pagan, o a los que tienen la sartén por el mango en este mundo en el que todos vivimos. Pero eso lo único que indica es que